

*LEJOS DE RUIDOS, LA CASA ESTÁ envuelta con figuras al fresco, reproducciones de las grandes obras de Miguel Ángel o Leonardo. Los pasillos exteriores, están señalizados con nombres tan entrañables – y lorquinos – como Plaza de Afuera, Plaza de Adentro, Calle de La Alberca, Placeta del Ibreño... «Es que parece que estoy pisando la tierra en que nació». Y, al fondo, el estudio, en el que Muñoz Barberán trabaja.*

# Desde Viena a Praga

*Muñoz Barberán expone en la galería Chys sus «temas viajeros y otras obras acostumbradas», sobre rincones entrañables y monumentos de ambas ciudades*

Empezamos hablando del I tiempo, quizá porque llueve con desconocida insistencia. Y de otro tiempo, el de la edad: «cuando pasen unos cuantos días, es decir, cuando llegue el veintiséis de este mes, cumpliré 79». Acepta con serenidad que alguna vez lo asaltará la muerte, pero, eso sí, «con los pinceles en la mano, porque de lo demás no sé hacer nada. Y ¿cómo voy a estar esperando morir con los brazos cruzados? Es que yo no sé cultivar rosas, ni criar pájaros, que es lo que te gusta a ti».

Manuel Muñoz Barberán nunca pierde su dosis de humor, ni su gota de ironía. Veterano y reconocido –cualquiera puede recurrir a su trayectoria como pintor–, ahora cuelga en la galería Chys, una colección de obras, con la que ofrece una visión muy personal de rincones entrañables y de los edificios más nobles de ciudades tan bellas como Praga y Viena. «Son cuadros que he realizado a base de dibujos tomados durante un viaje. Es que yo, cuando voy por ahí, dibujo». Incluso, mientras escuchaba un concierto de órgano, dibujó el interior de la catedral de Praga, en el

*«Cada cual sigue su camino, más o menos bien empedrado y recto»*

mismo programa que indicaba las obras a interpretar. «Y hay plazas de las que tomé apuntes desde todos los ángulos».

En el abigarrado estudio, Muñoz Barberán me enseña los cuadros que ha pintado con motivo de ese viaje europeo. «¿Ves aquel? Me sentaba a comer y dibujaba el edificio y aquella torre... Siempre me complemento de alguna fotografía, que es la encargada de decirme si existe un trozo de casa que pasé por alto». Y me muestra otra obra en la que recoge el púlpito de la catedral de Praga, de 1530, rodeado de público. Siempre le ha gustado pintar cosas que ha visto, «como cuando lo hice con obras del Museo del Prado, rodeadas de espectadores. Son apuntes rápidos que luego transformo en cuadros, en los que enfoco, a veces, una misma situación desde diversos ángulos. Cuando me vine de Praga lo hice cabreado, porque me dije que es una ciudad para vivir en ella, con su gente antigua o rara. Los santos más vie-



Manuel Muñoz Barberán, en su estudio.

JUAN LEAL

jos están allí. La pintura más antigua está allí. Es decir: existe un respeto enorme para conservar todo».

Parte de la obra de Muñoz Barberán está dedicada a plasmar un urbanismo vivo, en el que aparecen calles o rincones, pero siempre con el trasiego de transeúntes. «Esa gente aparece porque está en los paisajes que veo. Me hartó de ver cuadros magníficos que valen

una millonada, como los de Antonio López y de otros autores superrealistas, que pintan una calle en la que no aparece nadie, ni un coche corriendo, ni un hombre andando, ni una mujer comprando... ¡perejil. Todo vacío y con un sol espléndido. Tanta soledad me produce angustia. Me agrada que estén bien pintados y ya está, aunque no me parecen *Las meninas*. Me gusta la gente. Y si la gente sale mal, que salga.

Mira: mi exposición iba a ser, en principio, sólo de paisajes urbanos de Praga y Viena, pero mis apuntes no me proporcionaban cuadros suficientes. Y los he acompañado de otras obras sobre la Semana Santa y el Entierro de la Sardina, que he pintado estos días, porque me dije: yo me lanzo».

No le preocupa si se le acusa de que las figuras que aparecen en sus obras pueden ser un mero esbozo,



LA VERDAD.

Algunas de las obras que expone el pintor y escritor murciano, un enamorado de Praga y Viena.

porque «veo la libertad con que pintaban los grandes autores y también la fidelidad con que lo hacían los del XIX; pero sin seguir a éstos, ni a Velázquez, pinto algo parecido a lo que hacían. Algunos personajes en los cuadros de Velázquez son borroncillos. Hay figuras esbozadas. Los pintores no trabajaban constantemente con modelos»

Muñoz Barberán nunca ha perdido sus convencimientos y su tenacidad. No sabe si algo le falta por recorrer, aunque no descarta que, si muere —otra vez la muerte, a la que ni teme, ni odia— a los noventa y nueve o a los cien años, «acaso encuentre algún otro camino en la pintura. Y si no lo encuentro, estoy muy a gusto con lo que pinto. Una de mis grandes satisfacciones sería que la gente disfrutara con lo que hago. Tengo la experiencia de que,

cuando alguien me compra un cuadro lo hace porque le gusta. Y, por tanto, no creo que lo compre para tirarlo».

Fiel a su estilo, sin huir hacia delante o atrás, sin apocarse ante posibles adversidades o críticas, eludiendo siempre la inquina entre artistas, opina que «cada cual es muy libre de pensar y hacer lo que quiera». Añade, con palpable exageración, que es criticado por «todo el mundo, pero yo no contesto nada, porque no me meto en la vida de los demás. Mira: Molina Sánchez, muy buen amigo mío, desde que teníamos veinte años, pinta de una manera. A mí me gusta su pintura, aunque, lo mismo que el pensará de mí, unos cuadros me parecerán mejores y otros, peores. Algo normal. Siempre con un respeto. Me importa un pepino como pinten otros o cómo pintaba Párraga. El pintaba como quería, como le salía. Ponía la mano en el tablero, la dejaba bajar con el carbón y todo le salía seguro, certero. Se podría equivocar, claro,

pero me asombraba ver cómo dibujaba; sin embargo, nunca se me ocurrió decir que lo que hacía era fácil o que eso lo intentaría hacer yo. Cada uno, a lo suyo; cada cual sigue su camino, más o menos bien empujado y más o menos recto».

Se confiesa sinceramente negado a la hora de descubrir sus fallos. «Si no entra mi mujer al estudio y me dice: «vaya una birria que estás pintando», ni me doy cuenta. Lo veo y, sí, le digo que tiene la razón. Un pintor sabe que ha tenido fallos tremendos, pero eso es como si ahora empezara a decir que en vez de tener nueve hijos podría haber tenido sólo cuatro».

Muchas personas lo reconocen un maestro con el pincel, pero él no sabe si estarán equivocadas. «Acaso me lo dicen por bondad, por el cariño que me tienen». Pero lo que sí prefiere y le gusta es que siempre lo identifiquen como «Muñoz Barberán, pintor». Y está plenamente orgulloso de ser un referente imprescindible en la historia pictórica de Murcia y sus gentes. «Si tu encuentras antes del cuarenta, un cuadro firmado por alguien, que recoja a unos nazarenos o la salida de la procesión del Viernes Santo, me avisas y, si lo venden, lo compramos... Que me diga alguien a quien imitaba yo, cuando pintaba la salida de las procesiones. Pues no. Me gustaba cómo pintaba Almela, pero no lo he hecho como él, ni intentaba imitarlo. Me gustaba como lo hacía Garay. Entonces no conocíamos nadie a Gaya. Incluso Pedro Flores no pintó temas característicos de Murcia hasta que vino para realizar los frescos de la cúpula de la Fuensanta. Hay cuadros huertanos, eso sí, pero cuando el huertano se viste de nazareno para cargar con un paso, no. Yo sólo he intentado pintar como me habían enseñado los pocos maestros que he tenido».

Recuerda cuando subía a las terrazas de San Antolín para pintar los tejados, «algo que no se le había ocurrido a nadie. O un palomar, y la torre lejana de San Nicolás con su cúpula... De pronto, los jóvenes empezaron a hacer cuadros de los tejados y no digo nombres, porque eran todos. Me quedé pasmado. Me decía: pues bueno; el primero que ha pisado esos caminos he sido yo».



## «La libertad es muy hermosa»

**M**uñoz Barberán se emociona por la calle. Y, sin tapujos, cuenta que se encuentra con desconocidos que, sin embargo, lo identifican, se acercan y le espetan: «Usted es una riqueza de Murcia y quería saludarlo». O cuando entró en una cuchillaría y escuchó al dueño decir: «Oye, nena, enciende las luces, todas, que está aquí Muñoz Barberán. El pintor se preguntaba: ¿no se estará riendo de mí el tío este? Si esa popularidad, se debe un engaño...». Cosas de estas le suceden con tal insistencia que «tengo que reconocer que hay un elemento popular, para el que sí soy alguien, aunque habrá otro elemento para el que no seré nada, porque se tratará de unos señores o de una cultura, con la que no tendré nada que ver. A caso esos señores consideran lo que hago un arte caduco. Me importa un pepino. Todo lo más que dicen algunos es que soy un pintor costumbrista. Me tiene sin

cuidado, porque la libertad es muy hermosa».

Ha vuelto a brotar su ramalazo de incomformidad ante los esquemas y se muestra gozoso con su situación, consciente de que él mismo se fijó unos límites. «Soy de Murcia y vivo en Murcia. El médico que trabaja aquí, curando la barriga mía, tuya y de cualquiera, puede llegar a ser un médico estupendo. ¿Puede esperar, también, que lo traten como se merece? ¿Y el arquitecto y el pintor que trabajan sólo en Murcia? No esperes que aparezcan sus nombres en libros de arte. A Párraga, por ejemplo, no lo busques en los libros nacionales de pintura joven del siglo XX. ¿Por qué? Porque no tiene nada que ver con quienes escriben esos libros. Si hubiera nacido o trabajado en Madrid, pues sí, aparecería. Madrid me gusta, la he pintado, pero como no me he quedado allí, no hay otro remedio que conformarse».